

EL VALOR DEL LAZO DEL CORDON DE UNA ESPADA.

COSTUMBRES ARABES.



El cementerio de Bab-El-Nasr en el Cairo.

I.

EL ESPIRITU DE UN MABOUL. (IDIOTA).

Hace tres años, despues de la guerra de Crimea, se pa-
SEGUNDA SERIE.—1861.

seaban dos amigos con el capitan C... en los cementerios del Nilo, á las puertas del Cairo.

Llegados al cementerio de Bab-El-Nasr (Puerta de la Victoria) contemplaban nuestros viajeros los sepulcros uniformes, casi todos en ruina, sembrados cual blancos fan-

AÑO XIX. 28.

tasmas sobre una árida arena, y recordando este cruel axioma de los turcos: La muerte es el olvido.

De pronto se presenta una fúnebre comitiva, lanzando los gritos de desesperacion usados en semejante circunstancia entre los orientales. El empleado de las contribuciones en las puertas pide al individuo que parecia dirigir á los demás la papeleta de pase que es costumbre, empero tórbase éste á esta peticion y quiere volver atrás en su camino. Entra en sospechas el empleado de hacienda, arresta al individuo, así como á los que llevan en hombros el féretro y quiere hacerles entrar en el *haruco* (cuerpo de guardia) resisten y se defienden y se arma una riña. Los que llevaban la caja la sueltan asustados; cae de golpe al suelo y deja escapar de su seno, no un cadáver, si no una cantidad de pellas de manteca. Aprovechando el asombro general, se habian fugado los que llevaban la caja y solo el conductor del fingido entierro, propietario de la mercancía de contrabando, fué preso y entregado á la policia.

Era un *maboul*, especie de idiota, venerado entre los turcos y los árabes.

Admirados nuestros amigos del talento de ese pretendido imbécil y de la sacrilega audacia de su empresa:

—Los *mabouls* y los negros, les dijo el capitán C***, son capaces de todo en Oriente por la menor bagatela, y voy á contaros una historia que es de ello la prueba mas evidente y la mas dramática.

II.

EL SACRIFICIO DE LOS NEGROS.

En 1859, nos dijo el capitán C***, me hallaba encargado de una mision en Losveni, supe que debia verificarse un importante matrimonio en la tribu inmediata, y me apresuré á asistir á esta gran escena de las costumbres árabes. Mi carácter, mi uniforme, y mis poderes, y en caso de necesidad, la respetable fuerza de que disponia, me aseguraban los medios de ver todo lo que absolutamente no estuviese prohibido á los hombres.

Tenia además un interés de inclinacion en esta ceremonia. El joven caid Mohamet-Ben-Arva, que me habia salvado la vida de los beduinos, y que á la vez me servia de guia, de acompañante y de intérprete, me habia dicho la víspera, poniendo por testigo á Alá y á Mahoma y enjugándose una lágrima con el paño de su albornoz:

—Leila, la hija de Sidi-Abder-Omar, la perla de la tribu, que van á unir á Mahy-El-Din, me estaba prometida hace dos años por su padre. Me la roban para entregarla á mi rival, porque he sacrificado mis bienes en servicio de la Francia; si llegais á impedir este perjuro, haré que todos los de beny se sometan.

No veia yo el como podría satisfacer los deseos de Mohamet, pero aguardaba una inspiracion de mi buena estrella y de las circunstancias.

Marchamos al amanecer de un hermoso día y atravesáramos ocho leguas del desierto de Sahara. A las diez entramos en una aldea de negros, donde asistimos al primer acto de la fiesta. Los negros del desierto, arrebatados del Soudan y de Timbektou por los beduinos, que los cazan como alondras con espejuelo, con conchas, cuentas de vidrio de colores y juguetes, forman el mas admirable contraste

en medio de los árabes sus amos. Cuanta mas gravedad, silencio y disimulo afectan éstos, tanto mas alegres, expansivos y sociales se muestran aquellos. Los negros se preparaban á instalar y conducir la boda, á fin de que fuesen felices los casados á la presencia de su nuevo marabout Fale-rigo. Era un *maboul* (*loco*) verdadero ó fingido, empero venerado al igual de un santón. Tal es la moda del Oriente, donde se adora á los insensatos como poseidos de Dios, juguetes é instrumentos de *Djyn*. Desfilaba la comitiva en las calles de la aldea, llevando una bandera de seda amarilla con franja verde; los músicos tocaban manucordio, címbalos y castañuelas y el tambor con furiosos golpes. Grupos de negros y de negras, con sus vestidos de los mas vivos colores iban dando voces y saltos alrededor de un toro, de un macho cabrío y de un carnero, llevados al sacrificio, resto de idolatría, que no ha podido borrar todavía el mahometismo. Era cosa de ver el oro, la plata, las perlas, las conchas, el ámbar, el plomo, el hierro, el cobre que se movia y agitaba en las orejas, en el cuello, en los brazos y en las piernas de aquella bronceada muchedumbre, y que brillaba sobre los jaiques de muselina y los velos bordados de muchos colores de las negras.

Así cantando y bailando, llegaron hasta una mezquita donde se recitaron las oraciones: ¡*Ahah kébir!* ¡*Allah kébir!* ¡*La ilah Allah!* ¡*Mahomet recoul Allah!*

Después se dirigieron á un manantial y una altura, teatro del sacrificio.

Un viagero muy competente, Mr. Benjamin-Gastineau, ha descrito antes que yo esta formidable escena.

Nada mas imponente que aquel altar de la naturaleza. Por do quiera se pierde la vista al Norte y al Sur del lado de la mar y del desierto, en medio de una inmensidad de fosforescentes montañas, figurando gigantescas pirámides, esfinges, escalas de piedra, y ondulando en el horizonte cual las olas de un océano. Una luz de ópalo, vertida por un sol perpendicular, inflama todos los tonos, y hace brillar las alhajas de los negros.

Maravillada el alma con aquel espectáculo, confunde su oracion con el murmullo del manantial, cuyas aguas van á teñirse de sangre. Las negras se escalonan sobre una montaña que domina en forma de anfiteatro la fuente: las mas ricas ocupan la primera fila, las mas pobres la última; entre estas, muchas están cargadas con sus hijos, que pacíficamente duermen sobre su espalda en una especie de cuna de tela. En cuanto á los negros, forman un efcrculo de tres en fondo y colocan de distancia en distancia centinelas, encargados de mantener fuera del alcance de su vista á los árabes ó los *rouny* (cristianos) que quisiesen asistir á la ceremonia. Yo solo obtuve el insigne favor de participar de esta reunion, con la condicion de descalzarme y presentarme en ella con los pies desnudos, en lo que no tuve dificultad alguna á trueque de satisfacer mi curiosidad.

Los vasos, conteniendo el incienso, los perfumes, las calabazas, llenas de sal, los cuchillos, los utensilios todos para el sacrificio, fueron depositados sobre las rocas graníticas, desprendidas de la montaña.

Entonces se dió principio á una invocacion religiosa, que ejecutan los negros volviéndose hácia el Oriente y levantando sus dos manos á la altura de sus sienes.

Ya se habian inmolado las pollas blancas y negras; el sacrificador coge el macho cabrío, lo sujeta bajo su rodilla,

y se arma de un cuchillo. Los artistas y los bailarines se animan extraordinariamente. Estos son locos y enfermos: según la firme creencia de los negros, no pueden curarse sino bebiendo la sangre de las víctimas. Sus labios remedian la alegría de la hiena. Necesitan sangre. La sangre es el redentor universal.

Se mete el cuchillo en la garganta del macho cabrío. Apenas se le saca, un negro *maboul* se arroja sobre el animal, se agarra á su herida como una sanguijuela, y bebe á grandes sorbos el chorro que de ella se escapa. Entanto que el macho cabrío y el hombre se agitan y debaten sobre el arroyo enrojecido, el sacrificador, inclinado sobre el cuerpo de la víctima, estudia sus palpitaciones para sacar de ellas el agüero.

El carnero, perfumado y lavado, sufre la misma suerte y con las mismas condiciones que el macho cabrío. El sacerdote, que chupa su herida hasta agotarla, cae borracho sobre una de las piedras de la fuente. Por último, le llega su vez al toro. Este resiste y no puede ser derribado en tierra si no por brazos vigorosos. En aquel momento se adelanta sobre el teatro de la ejecución una joven y hermosa negra, de encantadoras formas y casi desnuda. Baila desesperadamente y se anima extraordinariamente con la vista siempre fija en la víctima. Su rostro, alterado, revela una horrible espresion de ferocidad. Se lame los labios con la lengua, cual el tigre que va á saltar sobre su presa.

En efecto, precipitase furiosa sobre el toro degollado por el marabout. Aspira voluptuosamente la sangre que sale á borbotones de su herida. Pero, ¡oh sorpresa! El toro vuelve á levantarse, anda.... presagio de los mas felices... la negra se cuelga del cuello del animal, con la boca siempre á su herida: un horrible duelo se verifica entre la sacerdotisa y el toro, que en vano pugna y se agita por librarse del abrazo de aquel vampiro hembra. Vencido en la lucha, cae desfallecido y rueda en el arroyo mugiendo sordamente.

Alzase triunfante la sacerdotisa con el rostro, las manos el cuerpo entero manchados de sangre. La música celebra su victoria. Las mugeres la aplauden con sus gritos salvajes. Asqueroso espectáculo, repugnante á la humanidad. La sangrienta bacante con delirio se entrega á un baile increíblemente loco para el que no lo ha visto. Los negros bailan con ella, é imitan todos sus movimientos.

Al fin, cesa el diabólico baile, estenuada la sacerdotisa de sangre, cae como un cadáver sobre una piedra de la fuente. Lléganla en triunfo hasta su choza, delante de la que se verifica el baile del sacrificio, presidido por el nuevo *marabout*. Las tres víctimas, el macho cabrío, el carnero y el toro, son desolladas y partidas en tantos pedazos como convidados hay. Prepárase el festín: mientras se dispone y hace la comida los moriscos tocan al baile, dando golpes sobre el *tan tan* y sobre unas calabazas, cubiertas de una ligera piel.

III.

DANZAS Y FESTINES.

Inmediatamente se forma la rueda. Dos negros rompen el baile. Saltan, figurando con una espresiva pantomima sus penas y sus placeres, hasta caer rendidos en una verdadera epilepsia.

Dos jóvenes negras, peinadas y cubiertas las cabezas por dos compañeras con un pañuelo de su mayor gusto, les siguen. Saltan alternativamente, ya con un pié, ya con otro, marcando un compás de tres tiempos. Sus gestos, raros en un principio, se van haciendo cada vez mas espresivos; los músicos se entusiasman; cantan y tocan agitando la cabeza como los monigotes chinos de porcelana; animan y jalean á las bailarinas, que aplaudidas por los concurrentes con palmadas á compás, redoblan su ardor y sus arrebatos. Cae moribunda y sin aliento una bailarina, y otra sale inmediatamente á reemplazarla.

El mismo ejercicio se repite por los demás negros, cuyas posturas, figuras y actitudes son indescriptibles.

Por último, un negro hace una señal cabalística á la concurrencia. Los músicos tiran al diablo sus instrumentos, y la multitud se precipita sobre los trozos de carne, apenas dorados por el fuego, donde se les había puesto á asar.

—¡Buen provecho, negros hijos del Africa!... y Alah os perdone vuestras sangrientas locuras.

IV.

LA AMBICION DE UN MABOUL.

No era el personaje menos curioso de este extraño drama el nuevo marabout. Había tomado parte con el delirio de la locura en los cantares, en las contorsiones, y sobre todo en el festín. Cuando se decidió que los augurios eran favorables al matrimonio de Leila, y se pusieron en camino para el aduar de los futuros esposos, llegóse á mí Falerigo con estremada curiosidad. Admiró una por una las prendas de mi uniforme, y se fijó, como si fuera amuleto de inestimable valor, en el cordon de oro y seda que adornaba la empuñadura de mi espada.

Me ocurrió el presentimiento de convertir el antojo del loco en un medio de favorecer los proyectos de Mohamed, y encargué á éste que dijese al marabout en su lengua:

—Si haces lo que esta noche te pediré en la boda, tendrás por recompensa esta inestimable joya.

Falerigo brincó de alegría, y no apartó su vista de mí durante todo el viage.

V.

LA BODA EN EL MERCADO.

Serian las ocho cuando llegamos á la aldea de Sidi-Abder-Omar. Era día de mercado. Generalmente se escoge este día para los casamientos, y así tuve ocasion de estudiar á la vez los mas bellos tipos árabes de Sahara, y las costumbres comerciales de estos extraños negociantes. Entonces reconocí la exactitud de los cuadros del viage. Siempre recordaré el carácter de sencillez, de nobleza, de quietud religiosa del desierto. Un ojo negro, alerta, habituado á contemplar los anchos horizontes, á descubrir sobre la huella de las tribus nómadas, iluminaba un ángulo facial agudo, un rostro de asceta, arrugado como un pergamino por el sol. Dos pedazos de piel de cabra, atados con una cuerda á los pies, una camisa de lana (*habaya*), gastada por el uso, hecha trizas, devorada por el polvo, bajo la que

se dibujaba una espalda seca, y nervuda, un casquete encarnado, cubierto del *kaik*, sujeto á la cabeza por una cuerda de pelo de camello, componian todo su vestido.

No me cansaba de investigar con la vista esta esfinge del desierto. Analizaba su vida, me encerraba en ella, hubiese querido seguirle en las soledades que habian tenido que atravesar para traer su parte de mercancías al mercado. ¡Cuántas fatigas habrían sufrido; cuántos peligros habrían corrido, empero también, qué espectáculo habrían contemplado! ¡La inmensidad del desierto, es decir, el silencio, y lo infinito por todas partes! Allí, mudos el cielo y la tierra, parecen confundirse en incandescente abrazo. Una atmósfera de tibios vapores produce el mirage, y cubre con un velo el horizonte. En medio de las inflamadas arenas, que levantan sus olas de oro en el espacio, como un mar, la indolente caravana, confiada en Dios, sigue la estela trazada por los pilotos de Sahara. Un aletazo del terrible viento del Sur, del *simoun*, una manga de arena que borre los pasos indicadores del camino, bastan para estraviar ó para sepultar una caravana; pero en cambio, ¡cuán sublime y hermoso es el luchar contra el desierto y vencerlo! ¡Qué inefable alegría el ver saltar en el vacío el verde oasis, donde se refrescan los sedientos labios, y encontrar el dulce descanso después de la fatiga, las sombras de las palmeras, los parleros arroyuelos después de la devoradora sed, los risueños rostros de las mugeres y de los niños, después de haber corrido los peligros de la muerte!

También estaban allí las mugeres con sus negras y pobladas cejas, sus rasgados ojos de garzas, con sus purpúreos labios, sus manos y sus uñas, pintadas de escarlata; su frente, sus brazos y sus piernas labradas con figuras de serpientes y de hojas de palmeras, con sus rizados cabellos flotando sobre los grandes aros que sirven de pendientes á sus orejas, con la profusion de collares y brazaletes de todos los metales, y sus vestidos de Tunez, listados con rayas de azul y rosa, y su anillo de matrimonio en el dedo gordo del pie derecho. Yo veía todo esto, se entiende, á hurtadillas, al través de los pliegues levantados, del *kaik* y del velo orientales.

Los agás y los notables se distinguían en sus ricos vestidos, en sus sombreros de paja pintada y sombreados de plumas de avestruz, en sus albornoces y en sus turbantes de lana fina con lama de oro, en los espléndidos arneses de sus caballos, y sobre todo en el unánime respeto que se les tributaba.

En cuanto al mercado, figuraos una barahunda, una mezcla enmarañada de caballos, de toros, de gacelas, de rebaños de cabras, machos cabríos y carneros. En medio de estos cuadrúpedos, hay una multitud pintarrajeada de todos los trages con todos los matices, empero donde dominan los tintes blancos y grises, y esta muchedumbre, moviéndose y agitándose cual un hormiguero, trabajando, cruzando en todas direcciones la plaza, yendo de un mercado á un *okel* (bazar), compuesto de una cincuentena de tenduchas, ó mas bien, nichos cuadrados, abiertos en una pared. El mercado y el *okel* están unidos entre sí por una ancha avenida, cuyas puertas laterales se hallaban ocupadas por numerosos cafés moros, á cuya puerta se veían acurrucados á los árabes que habian terminado sus ventas. En medio de las oleadas de individuos de todas las razas que obstruían el mercado, fácilmente se distinguía al judío

en sus tortuosos movimientos, cubierta la cabeza con el turbante ó el negro *fecy*, vestido de un chaleco abotonado hasta la barba, con un ropón con mangas abiertas hasta el codo y su ancho pantalon blanco, sujeto á la cintura por una faja de seda. Vélase también al español vivo, ágil, con su vestido andaluz, sombrero gacho; también al árabe de bronceada tez, altiva postura, paso lento y mesurado, envuelto como una estatua en los pliegues de su albornoz: la *moukere* (muger), completamente enterrada bajo su mortaja de lienzo, arrastrando sus anchas babuchas, y llevando tras sí un niño desnudo. Aquí el indolente y soberbio moro: allí las negras, sentadas en círculo en el suelo, cubiertas apenas con un taparrabo de percal de color, riendo alegremente, aguardando la señal del amo para llevar á la tienda las mercancías compradas.

Cerca del *okel*, una nube de *yaoulets*, (chiquillos) vestidos con una larga camisa, cubierta la cabeza con un gorro colorado, retozando alegremente alrededor de una media docena de titiriteros marroquíes que hacían juegos de manos y toda suerte de equilibrios.

Distrajo mi atención de este espectáculo la llegada de la comitiva de la boda. Los músicos encargados de dar la señal de principiar la armonía y de invitar ruidosamente á cuantos quisiesen tomar parte en ella, bailaban golpeando con furor sobre un tambor y soplando hasta perder el aliento en el *zoumarán*, (especie de flauta de caña). Alrededor de ellos, una nube de muchachos saltaban, se peleaban y se arrastraban por tierra. Delante de nosotros desfilaron una verdadera procesion de mugeres árabes, que, envueltas en su velo de lienzo blanco parecían mas bien una legión de monjas caminando á un cementerio, que una tropa de mugeres alegres yendo á una boda.

Escitóse poderosamente mi curiosidad. Quise apresurar el paso á Mahomed, que se turbaba al acercarse á Leila y entramos en la casa de Sidi-Abder-Omar. Hacía ya una hora que era de noche: la calma sucedía á la agitación del mercado. La luna brillaba en el horizonte é iluminaba la casa del *caid* cuyas paredes estaban blanqueadas con cal.

VI.

LA FIESTA DEL MATRIMONIO.

Una puerta ojival nos dió entrada á un gran patio.

A un lado los árabes tendidos sobre alfombras fumaban el chisboute y bebían un espeso café. En otro ángulo del patio una multitud de mugeres acurrucadas con las piernas cruzadas mostraban sus envidiosos ojos al través de su *kaik*. Casi todas se habian quitado sus anchas babuchas para dejar admirar un vestido de Tunez con listas amarillas y encarnadas que sobresalía bajo su gran velo y los anillos de plata maciza que caían sobre sus desnudos pies. Las negras jugaban con sus hijos y se entregaban á las demostraciones de la mas loca alegría.

La fiesta del matrimonio comienza. En el vacío dejado por los grupos se agitaban los músicos que acompañaban á una almea. Esta bailaba con la mayor exaltación y estaba espléndidamente vestida con una media luna de plata en la cabeza. Mientras se estremecía y hacía mil contorsiones con su cuerpo, sus pies tocaban imperceptiblemente el suelo, mas siguiendo el compás de la música.

En su mano derecha llevaba un yatagan incrustado de piedras preciosas perteneciente al *hiad*, padre de la novia; en su mano izquierda, un pañuelo con franjas de oro, con el que trazaba místicos círculos que se desvanecían en el aire. El yatagan, con brillantes reflejos, acompañaba al pañuelo en todas sus evoluciones y le disputaba el premio. Era una mezcla inaudita de ficciones guerreras y amorosas.

El rostro móvil de la bailarina se animaba extraordinariamente. Su fisonomía reflejaba todos los sentimientos, todas las pasiones. Tan pronto lloraba, oculta bajo su *kaik*, tan pronto lo separaba riéndose. Amenazaba, rogaba, se batía y se arrodillaba, suspiraba tiernamente y cortaba una cabeza.

La hora del combate ha sonado. La esperanza de la venganza brilla en los rasgados ojos negros de la bailarina, haciendo dar vueltas con sorprendente rapidez al arma terrible en su mano y cambiando bruscamente el carácter de su paso, carga con impetuosidad al enemigo representado por los músicos que retroceden espantados delante de ella, tocando una ruidosa retirada con sus tambores. Ha huido el enemigo. Es preciso gozar de la victoria. Este es el momento de descanso, el himeneo va á tejer sus coronas.

El yatagan y el pañuelo se reúnen, se abrazan y dibujan en el aire una larga serie de arabescos. La almea modifica su paso, apaga sus belicosos movimientos y los músicos, recobrados de su terror saltan delante de ella con gestos y contorsiones de sátiros. Por último, la almea se para delante de un árabe de suntuoso albornoz, clava en tierra su yatagan sobre el que cruza las dos manos y permanece inmóvil mirando fijamente al hombre á quien ha elegido para que pague la contribución del baile.

Inmediatamente cesa la música. El jefe de los músicos entona un himno de alabanza en honor del Anfitrión, del *caid*, de la brillante función que da y de la seductora bailarina, todo esto en estilo oriental esmaltado de gigantescas metáforas. Las mugeres responden á este himno con sus gritos habituales. En aquel momento el árabe elegido se levanta, separa su *kaik*, y desliza un duro entre los pañuelos de seda anudados y cruzados sobre la cabeza de la almea.

Entonces el jefe de los músicos ya no se contiene, se desborda su entusiasmo.

Es grande y generoso el árabe!
 Alá ha dado la tierra
 Y el árabe da su bolsa.
 Honra la casa que le recibe.

Gloria al muy rico, muy poderoso, muy virtuoso, muy generoso hijo de Mohamet.

La almea vuelve á continuar sus ejercicios para pararse algunos instantes despues delante de otro convidado, de quien el músico cantará igualmente la liberalidad en términos exagerados é hiperbólicos.

En medio de esta fiesta los árabes impasibles en su gravedad parecen mas ocupados en fumar su *chisboute*, que los negros renuevan á menudo, que en contemplar las gracias de la bailarina. El grupo de las mugeres se conmueve, son escesivamente apasionadas á este espectáculo.

Se necesitaria la paleta y el brillante pincel de un gran pintor para formar el cuadro de esta función árabe.

Un negro vino á sacarme de mi entusiasmo tirándome de mi albornoz.

Busqué con la vista á Mohamed, y no viéndole entre la multitud me dejé conducir á una especie de sala de recibio cuya puerta daba al patio.

Hallábase amueblada esta pieza con un divan, encima del que se veía colocada una panoplia de fusiles árabes con adornos de plata, de yataganes de Kabika, de pistolas de Túnez, de armas de todo género. Pisaba un rico tapiz que estaba esmaltado de pieles de chakales, de hienas y de leones, muertos sin duda por el *caid*.

Hízome señas mi introductor de que me sentase. Cogí una piel de hiena y la coloqué á la entrada de la sala para no perder nada del baile y me senté cruzando las piernas al estilo musulman.

Inmediatamente me trajeron dos negros una taza de café y una larga pipa con cazoleta de plata, lo acepté todo sin comprender por qué me dispensaban estas marcadas muestras de distinción y de política.

—¿Qué es esto? pregunté á Mohamed, que se dirigía hacia mí.

—Es la hospitalidad árabe, me respondió con su aire sentencioso. El *caid* ha reconocido al europeo y ha hecho seña á sus negros para que lo traten dignamente.

—¿Por qué los novios no se presentan en la fiesta dada en honor suyo? dije á mi amigo: ¿dónde están?

—En su casa, respondió Mohamet con un suspiro. Leila, la desposada, encerrada en ese cuarto enfrente de nosotros, escucha atentamente las lecciones y los consejos de matronas que le enseñan los deberes y las obligaciones del matrimonio.

Mientras mi intérprete cada vez mas conmovido me explicaba las costumbres de su raza, yo procuraba penetrar con la vista en el ángulo donde se hallaban reunidas las mugeres. De vez en cuando se apartaban con disimulo y coquetería los velos y descubrian lindísimos rostros con ojos llenos de fuego. Entonces comprendí que no en vano están guardadas tan severamente las mugeres en ese país del sol.

Vino á interrumpir mis reflexiones una bailarina de Sahara, cuya fisonomía era mas salvaje que la de la primera almea. Adelantábase hacia mí retorciendo su pañuelo y removiendo su arma de un modo amenazador. Sus gestos eran tan graciosos, tan puros sus movimientos, tenían tanta coquetería cuando imitaba la acción del *chaouss*, (verdugo), al cortar una cabeza, que desarrollaba los instintos feroces é inspiraba el deseo de asistir al espectáculo de una ejecución por el yatagan. No sin temor é inquietud la ví aproximarse y colocar su arma delante de mí.

Me pregunté á mí mismo inmediatamente si atentaria á mi cabeza occidental, que tal vez no le gustase. Felizmente las interesadas adulaciones y alabanzas del jefe de los músicos me aclararon el enigma. Me acordé del tributo que debia pagar todo espectador elegido por la almea. Me levanté y le puse una moneda en los pliegues de su turbante.

VII.

EL AMULETO DEL MABOUL.

Un jefe dió la seña de terminar la función y de ponerse en marcha.

Despues de haber atravesado con infinito trabajo las oleadas de árabes que obstruían el patio, salí con Mohamet que se volvía desesperado hacia la estancia nupcial.

Me enseñó la tienda donde debía acostarme, cerca de la suya, pero en lugar de entrarme en ella le desee que descansase y le juré que esperaba devolverle todavía á Leila.

—¿Por qué milagro? exclamó.

—¡Ese es mi secreto! dormid tranquilo, yo velaré por vos!

Me obedeció; me separé de él y me puse á buscar á Falerigo.

Justamente lo encontré cerca de la puerta de la novia. Me andaba buscando hacia una hora.

Se arrodilló delante del lazo del cordon de seda y oro de mi espada, ese inestimable talisman que yo le habia prometido y que brillaba en la sombra á sus fascinados ojos.

—¿Me habeis dicho que lo tendria esta noche? espresó por un gesto, traducido por un negro que le acompañaba y que sirvió de intérprete á nuestro diálogo.

—Si, repliqué, esta misma noche, dentro de una hora si haces lo que te pido.

—Hablad, estoy á vuestras órdenes: como marabout todo me es posible aquí.

—Es preciso que hable cinco minutos á Leila.

Un cuarto de hora despues atravesaba la desposada el patio-sala con Falerigo. Mellegué á ella, en la sombra pronuncié el nombre de Mohamet, y me aseguré completamente de que le amaba, de que le pertenecía su corazon y que solo habia dado á la fuerza su mano á Mahy-El-Din, despues de haber sido solemnemente prometida á mi amigo.

Era flagrante é incontestable el perjurio, esto es todo lo que yo queria saber.

—Ahora, dije al negro y al maboul, yo te daré mi lazo de la espada cuando hayas tú impedido un perjurio y vengado la ley del Profeta, sacando á Leila de esa estancia antes que su marido se haya reunido con ella, y la lleves á su verdadero esposo, en el punto de la aldea donde hay una guardia de mis soldados.

Palideció la frente del loco y pareció vacilar, empero yo le decidí agitando y haciendo brillar á su vista el lazo de seda y oro.

Le dejé cuchichear con el negro, volví á reunirme con Mohamet y me lo llevé al campamento de mis soldados.

En menos de un cuarto de hora Falerigo reunió todos los negros de la tribu. Invadieron á nombre del profeta la casa de Sidi-Abder-Omar, arrancaron á la desposada de la estancia nupcial y se la llevaron en triunfo á Mohamet, que se marchó con ella, conmigo y mis soldados.

Le cumplí mi palabra á Falerigo: le entregué mi lazo de la espada.

Y comprendo en el delirio de su alegría que hubiera dado mil vidas por semejante recompensa.

Así tuvo su desenlace este pequeño drama en medio de mis estudios sobre las costumbres árabes. Así una bagatela de oro y de seda impidió un perjurio del corazon, salvó de la desgracia á dos seres y sometió á mi poder toda la tribu de los *Beny*.

Mohamet fué tambien fiel á su palabra puso á mis piés á todos sus compatriotas, sin esceptuar á Abder-Omar, su suegro, que vino á mi casa á presenciar su matrimonio con Leila.

En cuanto á Mahy-El Din, lo mató de un sablazo Mohamet en una escaramuza.

—¡Estaba escrito! Tal fué la conclusion de cada uno.

La noche de bodas yo tambien recibí mi recompensa.

Para mí, y para mí solo, levantó Leila su velo y me dejó contemplar su admirable y lindo rostro, que jamás habia enseñado á nadie sino á Abd-el-Kader cuando predicaba la guerra santa á los *beny*.

Al año siguiente volví á encontrar al maboul Falerigo en otra aldea de negros: estaba mas venerado y era mas poderoso que nunca, domaba las fieras, curaba los enfermos, pronunciaba oráculos públicos..... Hacia milagros como el Profeta en persona.

Y él mismo y todo el mundo atribuía su sobrenatural poder á un amuleto que llevaba en el brazo derecho y que no era otra cosa que el lazo de mi espada.

Así terminó su relacion el capitán C***

—Ya veis, dijo, de qué son capaces los idiotas en Oriente y que tienen talento para envolver á mas de un europeo.

GUERRA Y PAZ.

Ana y Martín, á los cinco años de matrimonio, causaban la envidia de cuantos tenían la dicha de tratarlos, siendo la suya admiracion de parientes y estraños.

Como al día siguiente de su boda, los unia una misma voluntad y jamás se advertia entre ellos la mas pequeña cuestion, el mas leve altercado.

No entraban en ninguna fiesta sin que se fijasen en Ana con amargura las miradas de todas las casadas desdichadas, y con esperanza la de todas las solteras felices: todos los hombres, solteros ó casados, se reconciliaban con el matrimonio al contemplar á Martín.

En el círculo elevado que frecuentaban los jóvenes esposos, círculo en el cual la felicidad doméstica suele ser *ave de paso*, era proverbial decir las mugeres á sus maridos:

—¡Si fueras como Martín!

Mientras ellos replicaban:

—¡Si tú fueses como Ana!

Sucedió al cabo de otros cinco años de dicha envidiada, que don Tomás, primo de Martín y rico hacendado de Castilla, llamó un día á su puerta, diciendo á ambos cónyuges, que le recibieron con demostraciones de placer:

—Vengo, queridos, en busca de la venturosa calma que, segun dicen, reina en vuestro hogar. El mio, desde que en él penetró la manzana de la discordia, ó lo que es lo mismo, mi muger, se ha vuelto morada del diablo, donde no es fácil pasar un día sin armar camorra, ni terminar en paz una comida.

—¡Ave María purísima! dijo Ana muy admirada.

—¡Qué tormento! replicó Martín.

—Hé ahí por qué he tomado el camino y he dicho: á Madrid. Puesto que todos me ponderan la felicidad que disfrutan aquel par de alhajas, voy á convencerme con mis propios ojos de que un buen matrimonio es un paraíso en la tierra. Y á todo esto ¿dónde está mi Tomasito, mi ahijado? porque ya comprendereis que otra de las razones que me han puesto en camino, es el deseo de conocer á ese rapáz.

—Que le llamen, exclamó Martín.

—Es la hora en que suele salir, replicó Ana mirando el reloj colocado sobre la chimenea, pero le mandaré llamar. Ana tiró, en efecto, del cordon de la campanilla, y pre-

guntó por el niño al criado, que respondió había salido con su aya, después de preguntar por su mamá tres ó cuatro veces,

—¡Hijo del alma! exclamó Ana, no me ha visto hoy ¡y me quiere tanto!

El honrado castellano no pudo menos de mirar asombrado á su prima, que á la una del día aun no había dado un beso á su hijo, y se hizo al punto la siguiente reflexión:

—Habrán tenido hoy que ventilar algun asunto grave sus padres, y quizá por eso.....

En este instante llegaron á advertir que el almuerzo estaba en la mesa, y ya iban á dirigirse al comedor, cuando exclamó Martin:

—No almuerzo en casa. Me esperan unos amigos en Lhardy, y os dejo.

—¿Te vas? exclamó Tomás muy admirado.

—Sí; siento dejarte, pero.....

—No, hombre, por mí.....

—¿Volverás pronto? exclamó Ana.

—Descuida: á la hora de recibir estoy de vuelta, dijo Martin, y salió después de estrechar con galantería la mano de su muger.

—Bien dicen que eres un ángel, prima, exclamaba á poco en la mesa el forastero. Mi cara mitad ¡ya era fácil que me hubiera dejado ir á almorzar con cualquiera! No, señor; ella antes que todos.

—¿Es tan exigente?

—¡Uf! No te puedes figurar. El ir un día de caza me cuesta ocho de porfía y después o'ros ocho de contemplación.

—¿Qué martirio! murmuró Ana.

—Es verdad que á ellos siguen luego lo menos quince en que mi muger me parece un ángel y mi hijo un serafín. ¡Cuando les doy algun pesar me parece que luego los quiero doble!

—¿Quince días no mas de tranquilidad?

—¡Y es mucho! ¡Qué! ¡Si vieras!..... Tiene un genio..... Yo quisiera que fuera como tú; que cuando un día dá la casualidad, como hoy, de que se marche Martin.....

—No lo creas: Martin almuerza fuera casi todos los días.

—¿Todos? Y tú.....

—Yo me hago cargo de sus quehaceres, de sus compromisos.....

—Bien hecho. A una madre con su hijo le sobra compañía, y aunque hoy no almuerce contigo Tomasito.....

—Nunca. El niño tiene otras horas, otro método de vida, que no es justo alterar. Además sería una impertinencia comer con la calma que come un niño de cuatro años.

—Tampoco piensa así mi muger; dijo para sí el hacendado, á ella dice que le sienta mal la comida si no tiene al lado á su hijo. ¡Es muy caprichosa mi muger!

Al levantarse de la mesa Ana exclamó con bondad:

—Ahora, como estás en tu casa puedes andar por donde quieras, ó descansar si lo prefieres: á la hora de salir á paseo te avisarán.

—¿Y á qué hora?.....

—A las cinco he pedido el coche.

—Pues, mira, mándame entretanto el chiquitín.

—Sí: en cuanto venga le entrarán á tu cuarto.

Retiróse á él, pues, el forastero, meditando sobre cuanto acababa de observar, y prometiéndose estudiar las costumbres de sus primos, á ver si con ellas podía trasladar la dicha á su propio hogar.

En breve llegó á sacarle de su meditación Tomasito, que á los cuatro años de edad lograba reunir una inteligencia precoz, una travesura deliciosa y un rostro de querubín. Saltó sobre las rodillas del que ya le habían dicho que era su padrino: las caricias de ambos se confundieron, y el padrino estuvo tan complaciente y cariñoso, y el niño tan alegre y retozon, que al avisar á don Tomás que sus primos le aguardaban para bajar al coche, el niño lloraba por su marcha y él enjugaba una lágrima también..... lágrima que, envuelta en un recuerdo, iba derecha al centro de Castilla, á su pequeñuelo hijo, del que se hallaba separado por primera vez.

¡De seguro don Tomás en aquel instante hubiera sufrido con gusto, no una, si no veinte riñas con su muger, por depositar en la megilla de su hijo los besos que acababa de depositar en las de su ahijado!

Salieron á paseo, y en él no perdió el sencillo castellano ninguna de las deferencias que marido y muger se prodigaban. No dejaba caer una vez Ana el pañuelo sin que Martin le recogiese, ni Ana recibía un ramillete sin arrancar de él la mas preciosa flor para que su marido la ostentase orgulloso en su levita.

Tomás admiraba estas, que él juzgaba pruebas de amor recíproco, notando durante la comida las mismas deferencias, aunque viendo con sorpresa que al terminarla Ana se dirigió al gabinete con la tertulia, y Martin se despidió hasta las doce que volvería en busca de su muger para conducirla al baile de la marquesa de G., donde causaban la envidia de todos que los citaban como modelo de buenos casados.

Así trascurrieron muchos días: don Tomás observando la fría ceremonia que reinaba entre sus primos y el mundo calificaba de dicha, cosa que iba poniendo en cuarentena, como se dice vulgarmente, y cobrando cada vez mayor cariño á Tomasito, que mas de cuatro días dejaba con gusto el paseo por jugar con su padrino, lo que hacia exclamar á Martin:

—¡Qué amigo eres de chiquillos!

Mientras Ana exclamaba lanzando un suspiro, que á su pesar se escapaba de su corazón de madre:

—¡Cualquiera diría que te quiere mas que á nadie en la casa!

Lo cual hacia murmurar al forastero para sí:

—¡Porque soy el único que en ella le quiere!

Llegó, por fin, un día, cuando ya Tomás se disponía á regresar á su casa, en que el cielo, no sereno, porque solo es sereno el cielo azul, en el que á vueltas de alguna nubecilla asoma el sol su radiante faz; aquel cielo cubierto de perpétua niebla, que cobijaba á Martin y Ana, cielo, que si no empañaban las nubes, tampoco iluminaba la luz del sol, se cubrió de densas tinieblas, y las lágrimas se agolparon, por fin, á los ojos de aquella esposa y de aquella madre, enjutos hasta entonces por obra de la mas fría indiferencia.

Muchas causas, muchos pesares se unieron para despertar de su letargo aquel dormido corazón.

En primer lugar, pruebas patentes llegaron á convencerla de que aquel marido, galante con ella, era apasionado con otra, y por primera vez en su alma se encendió el fuego de la pasión y anheló el amor de su marido al comprender que otra se le usurpaba.

En segundo, una quiebra inesperada del banquero don-

de tenían depositados sus intereses, dió un rudo golpe á su fortuna.

En tercero, su marido, afligido, aunque resignado, con semejante pérdida, le anunció una próxima partida al extranjero para arreglar negocios de interés.

Ana sintió desplomarse el cielo sobre ella: quiso hablar, quiso pintar á su marido su dolor, quiso oponerse alguna vez á su voluntad..... ¡Imposible!

Aquel labio, que solo le había movido la indiferencia, aquel corazón, que no había exhalado nunca un gemido de ternura, no supo dar salida al dolor que le abrumaba, y le encerró mas y mas en su fondo.

Entonces Ana volvió los ojos á su hijo: entonces quiso refugiarse en el cariño maternal, bálsamo de todas las heridas, y anhelo que su hijo estuviese á su lado á todas horas! Pero..... ¡cosa extraña! Entonces el niño prefería la compañía de su padrino ó la de los criados.

—¡Hasta mi hijo me abandona! exclamó Ana un día dando paso, al fin, á la amargura que no cabía en su alma.

—¡Qué quieres! dijo entonces el leal castellano, ¡tanto tiempo has respetado tú su método de vida, que nada mas natural que hoy no quiera él alterar el tuyo!

Ante estas crueles palabras, ni un ¡ay! ni un gemido exhaló la infeliz madre: inclinó la cabeza y por largo rato permaneció muda, insensible, anonadada bajo el peso de tanto dolor!....

Al día siguiente de esta escena, Martín salía en el correo para Francia, y Ana, visitada por el médico, era declarada víctima de un ataque cerebral!

Don Tomás suspendió, pues, su vuelta á Castilla, y se constituyó en enfermero de su prima, que poco á poco fué recobrando la salud.

Cuando la vió en convalecencia, tomó una de sus manos, sentó á Tomasito en sus rodillas, y dijo así:

—Hace cuatro meses, prima mía, vine de Castilla, á aprender de vosotros á ser dichoso, pero el maestro ha sido tan malo, que el discípulo vuelve la oración por pasiva, y dice así: ¿quieres tú venirte á Castilla, y lo aprenderás á ser?

—¿Qué dices? exclamó débilmente Ana.

—La verdad: vente conmigo, que aquellos aires te volverán la salud, y en nuestro hogar comprenderás lo que es la dicha. Allí verás que no consiste en una culpable conformidad, que impone una cadena de sacrificios, ó cierra el corazón á la ternura, si no en la expansión del alma, que consagrada á su marido y á sus hijos, los riñe cuando lo merecen y los acaricia cuando nó. ¡Ea! á Castilla, prosiguió estrechando en sus brazos á la madre y al hijo, y allí aprenderás cómo las mugeres quieren á sus maridos y los hijos á sus madres, aunque los primeros tengan sus quimeras y los segundos sufran un cachete de vez en cuando. No mas *pax* como la que vosotros disfrutábais: ¡guerra como la que reina en mi casa!

—¡Tomás, Tomás! añadió Ana con reconocimiento.

—A Castilla, y pronto, porque, en confianza, estoy rabiando por echar una riña con mi muger, dijo don Tomás, mientras una lágrima de ternura rodaba por su mejilla.

Verificóse el viaje, y en breve Ana recobró la salud, merced á los aires saludables de Castilla, y comprendió la verdadera misión de la esposa y de la madre, que, verdadero reflejo del alma de su marido y de sus hijos, los riñe por un exceso de cariño y por el mismo los consuela.

Cuando Martín, de regreso, volvió por Castilla á recoger á su muger y á su hijo, deteniéndose una temporada en casa de sus primos, algo debió pegársele tambien de sus costumbres, porque sus amigos de Madrid murmuraban luego:

—Han despedido al aya del niño, y siempre le llevan consigo. ¿Si estarán arruinados?

—¡Martín ya no trata con tanto respeto á su muger!

—¡Ana se permite reprender á su marido!

—¿Si habrán perdido la paz que disfrutaban?

—¡Ahora es cuando verdaderamente la disfrutan! hubie-ra replicado, á estar presente, el buen don Tomás.

Y tendría razón: no creó Dios el cielo sin nubes, el alma sin pesares, ni nunca parece mas bello el sol que despues de la lluvia. La que ahora disfrutan Ana y Martín es *pax*: la de antes erasorda y amenazadora guerra.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

BOSQUE VIRGEN ENTRE MATURA Y FONDIQUARA

SOBRE LAS ORILLAS

DEL RIO DE LAS AMAZONAS.

MISIONES DE LA AMAZONA.

¡Es como el Paraíso! exclamaba sencillamente un indio que servía de guía al célebre naturalista Mr. Humbolt, que estasiado contemplaba un bosque americano. El grande artista, el entusiasta sabio, nos confiesa él mismo, que no podía separar sus ojos de aquella escena verdaderamente arrebatadora, y que estudiaba en todos sus detalles sin poderse dar cumplida cuenta de lo que hacía nacer en él su entusiasmo. Esa cosa no era sino el esplendor tranquilo del paisaje que había arrancado esta exclamación al pobre habitante de los bosques. Jamás había salido de sus grandes bosques, ignoraba las otras magnificencias derramadas en el mundo. No tenía la menor idea de bellezas creadas por la naturaleza en otros sitios, pero sentía interiormente y conocía que la Providencia había reunido en aquel punto de la tierra, cuanto hay de mas admirable en la creación: la elegancia está reunida á la magestad.

Aquel bello grupo de vegetales en un bosque á orillas del río de las Amazonas, hacía la parte que se llama el Solimons, tal vez ha caído ya bajo el hacha del colono, porque todo va muy de prisa en este siglo de industria. Hoy se va en barcos de vapor en menos de catorce horas á Nauta, y los árboles de la orilla del río van á caer. No sucederá esto, porque este bosque inmediato á Matura, llamado en otro tiempo *Castro de Avelans*, forma parte de la reserva por decirlo así inagotable. Y sin embargo, *San Cristóbal de Matura*, situado en la margen austral del gran río, á doscientas diez leguas mas arriba de la confluencia del Río Negro, fué durante muchos años la cabeza de seis misiones que se reunieron por la primera vez en la gran nación de los homagnas, que se llamaban tambien los cambabas. Esta población que no contiene mas que una veintena de hogares, enfrente, por decirlo así, de Putumayo ó río Iza, cuyos magníficos bosques están, como los del Japura adornados de todas las maravillas de una activa vege-